

INTRODUCCIÓN AL TRIMESTRE

Cultura a la luz del Evangelio

Toda comunidad humana produce cultura. La iglesia no es la excepción. Con el paso del tiempo, cada congregación desarrolla maneras propias de reunirse, de adorar, de tomar decisiones, de recibir al visitante, de hablar de Dios, de tratar al que sufre, entre otras. Esas maneras constituyen su cultura eclesial: el conjunto de prácticas, valores, hábitos y suposiciones compartidas que dan forma a la vida comunitaria, con frecuencia sin que nadie las hay elegido de manera consciente.

El problema no es que la iglesia tenga cultura: el problema es cuando esa cultura deja de ser examinada e incluso se vuelve un estorbo para que la iglesia viva auténticamente el Evangelio, realice su llamado y cumpla con su misión. Una cultura que no se examina puede llevar a la iglesia a perder su propia esencia. Cuando las prácticas heredadas se protegen como si fueran el Evangelio mismo; cuando la fidelidad a la tradición se confunde con la fidelidad a Cristo; cuando existe una distancia entre lo que se dice creer y lo que se vive se vuelve tan familiar que nadie la nota ya; la iglesia corre el riesgo de perderse hasta un punto en el que no hay retorno.

Este trimestre es una invitación a examinar esa cultura con el único instrumento que tiene autoridad para hacerlo: el Evangelio del Reino.

Para ello, será necesario distinguir entre fondo y forma; entre la esencia de algo y las formas que puede adoptar. Por ejemplo, piense en la palabra silla. Esta describe una esencia que puede manifestarse de diferentes formas.

Pongamos ahora como ejemplo la observancia del sábado. El **fondo** de nuestra fe está en que creemos que el sábado es el día del Señor, un día santo y bendecido por Dios para que reposemos en él. Esto no está bajo la lupa. Pero, ¿cómo se guarda ese día? —la respuesta a esta pregunta es **la forma**.

¿Hay una sola **forma** de guardarlo, o puede haber diversidad de formas? Algunos siguen la tradición de una agenda que comienza con la recepción del sábado el viernes a las seis de la tarde; luego viene la Escuela Sabática, de diez a doce; en seguida la división en sociedades, de doce a dos; el tiempo de comida; y finalmente un culto general, de cuatro a seis de la tarde, para cerrar el día santo.

Conviene preguntarnos: ¿Esta es la **forma** que Dios pide? ¿Cómo aprendimos a hacerlo así? ¿Quién nos lo enseñó? ¿Cuáles han sido los criterios para proceder de esta manera?

Y, si avanzamos un poquito más podríamos ir al fondo de la cuestión: ¿Esta forma de santificar el día es consistente con el Evangelio? ¿Es la forma que Jesús enseñó o responde más a una tradición construida en nuestra historia (cultura)? ¿Es la forma que nos acerca a la vivencia del Evangelio y a la realización de nuestra misión? ¿Podría haber una manera de guardar el sábado aún más fiel a las enseñanzas de Jesús y a lo que Dios espera de su iglesia?

Ahondando un poco más, podemos revisar también nuestros valores, criterios y motivaciones. ¿Por qué adoptamos esa forma de guardar el sábado? ¿En qué medida influye nuestra comodidad en que sigamos haciéndolo así? ¿Qué sentimientos o pensamientos emergen cuando alguien propone una forma diferente? ¿Qué valores nos guían?

Este examen de nuestra cultura interna no tiene el propósito de destruir lo que hemos construido, sino discernir qué de lo que hemos construido sirve al Evangelio, a nuestra edificación sana y al cumplimiento de la misión; y qué simplemente ha seguido una inercia que poco a poco lo ha ido recubriendo. Porque, sin darnos cuenta, demasiadas veces **la forma** ha sustituido **al fondo**.

Como en la cultura del envase (Galeano), en la que el funeral es más importante que el difunto, la boda más que el matrimonio, la selfi más que la vivencia de un evento importante, el envoltorio más que el regalo, el diploma más que la habilidad profesional, etc. En nuestra iglesia, el templo ha sustituido a la comunidad, el culto a la presencia de Dios, el conocimiento doctrinal a la vivencia del Evangelio, los eventos a la transformación, entre otros.

La distinción no siempre es fácil, pero es necesaria. Y es, sobre todo, posible, porque el mismo Espíritu que formó la iglesia puede también renovarla.

El itinerario del trimestre

Las trece lecciones están organizadas en cuatro momentos que se encadenan de manera progresiva.

El primer momento (lecciones 1 a 3) establece los fundamentos del discernimiento cultural. La lección 1 plantea la pregunta central del trimestre: ¿nuestras prácticas nos acercan o nos alejan del Evangelio? La lección 2 afina el instrumento de evaluación al distinguir entre custodiar el Evangelio y defender sus ropajes culturales. La lección 3 muestra que la doctrina correcta y la vida transformada no son alternativas sino dimensiones inseparables del discipulado.

El segundo momento (lecciones 4 a 7) examina dimensiones específicas de la vida eclesial que suelen cristalizar la tensión entre la cultura heredada y el Evangelio. El sábado como don y no como sistema de prohibiciones (lección 4). La iglesia como templo vivo de personas y no como edificio (lección 5). El ministerio que pertenece a todos los creyentes y no solo a los ordenados (lección 6). La fe que integra mente, cuerpo, emociones y acción, sin dejar ninguna dimensión humana fuera del señorío del Evangelio (lección 7).

El tercer momento (lecciones 8 a 11) explora la cultura eclesial en su dimensión relacional y misionera. El amor a Dios que no puede separarse del amor al prójimo (lección 8). La santidad que transforma por proximidad y no por separación (lección 9). La comunidad que ofrece a cada persona identidad, pertenencia y propósito (lección 10). La iglesia que existe en el mundo y es enviada a él, no contra él (lección 11).

El cuarto momento (lecciones 12 a 13) aterriza la reflexión en el contexto concreto de cada congregación. La lección 12 recupera la exhortación de Jeremías de buscar el bienestar de la ciudad donde Dios nos ha plantado, y lo ilustra con el modelo de la iglesia de Antioquía. La lección 13 sintetiza el itinerario del trimestre con los tres movimientos de la renovación cultural: conservar lo que edifica, revisar lo que obstaculiza e iniciar lo que el Espíritu señala.

Permitamos que el Espíritu Santo sea el verdadero maestro de cada sesión.

EXAMINARNOS A NOSOTROS MISMOS

Marcos 7:6-8;
Romanos 12:1-2;
Colosenses 2:8

ÉNFASIS DE LA LECCIÓN: **Cultura de autoexamen**

Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados? (2 Corintios 13:5).

OBJETIVO

Motivar a la congregación a examinar sus prácticas, hábitos, tradiciones y valores comunitarios a la luz del Evangelio y la misión, como primer paso hacia la construcción de una cultura eclesial evangélica.

NARRACIÓN

Existe una frase que se ha instalado cómodamente en la vida de muchas congregaciones: «**aquí siempre se ha hecho así**». Pronunciada con la seguridad de quien defiende algo sagrado, esta expresión revela una preferencia o costumbre: es decir revela una cultura. Toda comunidad humana produce cultura —formas de pensar, de celebrar, de relacionarse, de priorizar— y la iglesia no es la excepción. El problema surge cuando esa cultura deja de ser examinada y comienza a ser protegida como si fuera el Evangelio mismo.

La pregunta con la que abrimos este trimestre no es si tenemos una cultura eclesial, pues tenerla es lo más natural, sino: ¿esa cultura está construida sobre el Evangelio que declaramos creer? Esta puede ser una pregunta incómoda, porque obliga a distinguir entre lo que recibimos de Cristo y lo que hemos ido acumulando con el tiempo.

ANÁLISIS

I. Cultura e iglesia: una relación inevitable

1. El ser humano es, por naturaleza, un ser cultural. Dios mismo diseñó a la humanidad con capacidad de crear lenguaje, arte, instituciones y prácticas comunes que estructuran la convivencia. Cuando una comunidad de creyentes se reúne de manera regular, inevitablemente produce cultura: formas de adorar, de tomar decisiones, de recibir al visitante, de hablar de Dios, de tratar al que sufre.
 - a. La Escritura reconoce esta dimensión. El libro de los Hechos describe a la iglesia primitiva con rasgos culturales muy concretos: se reunían casa por casa, compartían los bienes, perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en la fracción del pan (Hechos 2:42–47). Esas prácticas no eran accidentales: eran la expresión cultural de su fe.
 - b. El peligro no está en tener cultura, sino en olvidar que toda cultura humana —incluso la cultura interna de una iglesia— es susceptible de desviarse. Pablo lo reconoce en su carta a Corinto, donde tiene que corregir prácticas comunitarias que habían distorsionado la celebración de la Cena del Señor (1 Corintios 11:17–22). Una práctica puede volverse rutina, y la rutina puede convertirse en obstáculo; peor aun cuando esa rutina es una práctica que esconde injusticia y pecado.
2. El Evangelio no es una cultura entre otras: es el criterio que evalúa todas las culturas, incluyendo la nuestra. Esta distinción es decisiva. El apóstol Pablo no invita a los romanos a adoptar la cultura judía ni la greco-romana como estándar de vida; los invita a ser transformados por la renovación del entendimiento (Romanos 12:2).
 - a. Colosenses 2:8 advierte contra la filosofía y la vana ilusión “según las tradiciones de los hombres” y no “según Cristo”. Pablo no condena la reflexión ni la tradición como tales; condena el momento en que una tradición humana usurpa el lugar que solo a Cristo le corresponde. ¿Ha ocurrido eso en alguna práctica de su congregación? ¿Cómo lo sabe? Comparta.

- b. La cultura eclesial no es neutra. Puede ser formativa o deformante; puede ser vehículo del Espíritu o resistencia a él. Por eso la tarea no es defender la cultura que tenemos, sino someterla continuamente al examen bajo la lupa del Evangelio.

II. Tradición sana y resistencia al Espíritu

1. No toda tradición es un obstáculo. Hay prácticas que condensan la sabiduría acumulada de la comunidad creyente a lo largo del tiempo, y que han demostrado formar el carácter de Cristo en sus miembros. El problema no es la tradición en sí, sino la actitud con que la sostenemos.
 - a. Jesús mismo distingue entre la tradición que honra a Dios y la que lo deshonra. En Marcos 7:6–8 cita a Isaías para señalar que es posible honrar a Dios con los labios mientras el corazón está lejos de Él. La clave no es la práctica observable, sino la orientación interior que la produce y el fruto que genera. Comente.
 - b. Una tradición es sana cuando cumple **cuatro condiciones**: **1)** tiene fundamento escritural claro o es consecuente con el espíritu del Evangelio; **2)** sirve al propósito más alto de manifestar el Reino en la tierra; **3)** forma a los creyentes en amor, humildad y servicio para la Misión; y **4)** está abierta a ser revisada cuando el Espíritu lo indique. ¿Cómo evaluaría las tradiciones más arraigadas de su congregación con estos cuatro criterios? Opine.
2. La resistencia al Espíritu, en cambio, ocurre cuando una práctica se vuelve intocable, cuando la propuesta de revisarla genera más defensa que discernimiento. El libro de los Hechos registra que incluso la iglesia primera tuvo que enfrentar este desafío: la pregunta sobre los gentiles y la Ley (Hechos 15) fue una crisis de cultura eclesial que requirió discernimiento comunitario y apertura a la novedad del Espíritu.
 - a. El concilio de Jerusalén no resolvió su crisis defendiendo la costumbre, sino discerniendo juntos lo que el Espíritu estaba haciendo (Hechos 15:28: *ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros*). Ese modelo de

deliberación comunitaria orientada por el Espíritu es el que necesitamos hoy.

- b. La señal de una cultura eclesial madura no es la ausencia de tradiciones, sino la capacidad de examinarlas con honestidad y gratitud: gratitud por lo que han aportado, y honestidad para reconocer lo que ya no sirve a la misión.

III. El primer paso: la disposición a ser evaluados

1. Romanos 12:1–2 no inicia con una lista de reformas institucionales; comienza con una ofrenda personal: *que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional*. La renovación de la cultura eclesial no es, en primer lugar, un proyecto organizativo: es una consecuencia de creyentes dispuestos a ser transformados.
 - a. La palabra “transformaos” en el texto griego es *metamorphoûsthe*, un imperativo pasivo: no se trata de algo que hacemos por nuestro propio esfuerzo, sino de algo que permitimos que Dios haga en nosotros. La cultura de la iglesia se renueva cuando los creyentes, uno a uno y juntos, se colocan bajo la acción transformadora del Espíritu.
 - b. La “renovación del entendimiento” implica un cambio en la manera de ver, evaluar y priorizar. No es solo información nueva; es una nueva capacidad de juicio. Esta capacidad es la que permite “comprobar cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2b). En otras palabras, una mente renovada puede discernir qué prácticas honran a Dios y cuáles simplemente perpetúan el *status quo*.
2. Esta es una invitación a ese discernimiento. No es una crítica a la historia de la congregación; es una oportunidad de examinarla con amor y lucidez, para conservar lo que edifica y renovar lo que obstaculiza.
 - a. Este proceso requiere humildad: reconocer que ninguna congregación ha alcanzado la expresión perfecta del Evangelio. También requiere valentía: estar dispuestos a cambiar prácticas que quizás hemos defendido durante años. ¿Qué práctica o hábito de su congregación siente

que necesita ser examinado a la luz del Evangelio? Comparta.

- b. Y requiere confianza: la convicción de que el Espíritu que comenzó la buena obra en nosotros es fiel para completarla (Filipenses 1:6). La renovación cultural de la Iglesia no depende de nuestra capacidad organizativa, sino de nuestra disposición a ser formados por el Evangelio. Opine.

APLICACIÓN

Como punto de partida para el trabajo de este trimestre, reflexione sobre las siguientes áreas de la vida congregacional:

- ✓ la forma en que se lleva a cabo el culto,
- ✓ la manera en que se toman las decisiones,
- ✓ el modo en que se recibe al visitante y al nuevo creyente,
- ✓ las expectativas no escritas sobre cómo debe comportarse un miembro.

En cada una, pregúntese: ¿esta práctica nace del Evangelio o de la costumbre? ¿Forma discípulos o simplemente mantiene una cultura heredada?

No se trata de destruir, sino de discernir. Si su congregación está dispuesta a hacerse estas preguntas ya ha dado el primer paso hacia una cultura más fiel al Evangelio de Jesucristo. Comente.

CONCLUSIÓN

La iglesia es, al mismo tiempo, comunidad del Evangelio y comunidad humana con su propia cultura. Esa cultura puede ser una expresión auténtica de la vida de Cristo o puede convertirse en un obstáculo para ella. El llamado de Pablo en Romanos 12:2 sigue vigente: *no os conforméis, transformaos*. El Señor no nos pide que protejamos lo que hemos construido, sino que lo sometamos a su señorío. Este trimestre es una oportunidad para hacerlo juntos, con gratitud por lo recibido y con esperanza por lo que el Espíritu quiere hacer en nosotros. Seamos una iglesia dispuesta a ser evaluada por el Evangelio que predica.

Cumbre nacional

Del 20 al 26 de Julio 2026

Modalidad: Virtual / Transmisión Nacional

ACCESO LIBRE EN NUESTRAS
REDES SOCIALES:



GUARDIANES DEL EVANGELIO

Marcos 7:9-13;
Gálatas 1:6-9;
2 Timoteo 1:13-14

ÉNFASIS DE LA LECCIÓN: **Cultura de la ortodoxia**

Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús. Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros (2 Timoteo 1:13-14).

OBJETIVO

Establecer la distinción teológica entre ortodoxia evangélica —fidelidad irrestricta al Evangelio— y tradicionalismo —apego a prácticas culturales acumuladas en la historia de la comunidad que no necesariamente reflejan fidelidad al Evangelio.

NARRACIÓN

Imaginemos una vasija antigua de barro en cuyo interior se guarda un perfume de valor incalculable. Con el paso del tiempo, la vasija acumula polvo, manchas y pequeñas grietas reparadas con parche. Algunos en la comunidad comienzan a cuidar la vasija incluso con mayor devoción que con la que cuidan el perfume. Cuando alguien propone limpiar la vasija, la respuesta es inmediata: “no toques eso”. La pregunta que nadie se hace es si el perfume sigue siendo el mismo.

La imagen es del apóstol Pablo: “*tenemos este tesoro en vasos de barro*” (2 Corintios 4:7). El tesoro es el Evangelio de Jesucristo; el vaso es la forma cultural, histórica e institucional en que la iglesia lo ha sostenido. Confundir el tesoro con el vaso —o peor, proteger el vaso a expensas del tesoro— es el error que en esta lección queremos examinar.

ANÁLISIS

I. El depósito que debemos guardar

1. El Nuevo Testamento usa un vocabulario preciso para hablar de la tarea de custodiar la fe. Pablo le encarga a Timoteo que guarde el *kalón parathéken* —el “buen depósito”— por medio del Espíritu Santo (2 Timoteo 1:14). Esta imagen surge del ambiente jurídico: un bien valioso que se entrega en custodia y que el receptor tiene la responsabilidad de devolver íntegro.
 - a. ¿Qué contiene ese depósito? Pablo lo explicita en la misma carta: las “sanas palabras” recibidas del apóstol en la fe y el amor que es en Cristo Jesús (2 Timoteo 1:13). El contenido del depósito no es una forma de culto, una estructura de iglesia ni un conjunto de costumbres: es el Evangelio de Jesucristo en su integridad doctrinal y existencial.
 - b. Judas refuerza esta idea al exhortar a los creyentes a “contender ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3). La fe es algo que fue entregado, no algo que cada generación inventa. Pero destaquemos: lo que debe preservarse es la fe, no necesariamente las formas en que esa fe se ha expresado históricamente. ¿Sabe usted distinguir entre el Evangelio que recibió y las prácticas culturales en que lo recibió? ¿Cómo puede distinguirlo? Comparta.
2. La fidelidad al depósito exige conocerlo bien. Una comunidad que no estudia el Evangelio con profundidad es vulnerable a dos errores opuestos: **defender tradiciones** que ya no sirven al Evangelio o **abandonar las verdades esenciales** por presión cultural. En ambos casos, el problema de fondo es el mismo: no se sabe bien qué es lo que hay que guardar.
 - a. La carta a los Gálatas es un documento de urgencia: Pablo se asombra de que los gálatas hayan abandonado tan pronto el Evangelio que recibieron para seguir “otro evangelio” (Gálatas 1:6). El problema no era que los maestros judaizantes negaran a Cristo, sino que añadían condiciones culturales —la circuncisión, la observancia de la Ley— como requisitos del Evangelio (Gálatas 2:16).

- b. Este error sigue siendo posible hoy. Cuando la iglesia presenta como requisitos del Evangelio prácticas que son en realidad expresiones culturales de su historia —formas de vestir, estilos de música, modos de llevar a cabo el culto—, está cometiendo el mismo error de los judaizantes: añadir al Evangelio lo que el Evangelio no requiere.

II. Tradición y tradicionalismo: la diferencia decisiva

1. No toda herencia es tradicionalismo. La tradición, en su sentido positivo, es la transmisión fiel de lo recibido de una generación a otra. El problema surge cuando esa transmisión deja de ser crítica y se convierte en repetición automática: cuando se hace algo no porque se ha discernido que edifica, sino porque “siempre se ha hecho así”.
 - a. Jesús diagnostica este deslizamiento con precisión quirúrgica en Marcos 7:9–13. Los fariseos habían desarrollado la práctica del *corbán* —declarar que ciertos bienes están dedicados a Dios— para eludir la obligación de honrar a los padres. El resultado era que la tradición religiosa había anulado el mandamiento de Dios. La forma había cobrado más valor que el fondo.
 - b. El diagnóstico de Jesús es vigente en cualquier época: “Invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición” (Marcos 7:13). La tradición se convierte en tradicionalismo cuando resiste a la voz del Espíritu en lugar de facilitar la obediencia al Evangelio; entonces se vuelve pecado. ¿Puede pensar en alguna práctica de su congregación que haya adoptado esta función? Opine.
2. El tradicionalismo tiene características identificables. Tiende a presentar las costumbres heredadas como si tuvieran autoridad escritural directa, aunque esa autoridad no pueda demostrarse. Tiende a generar rechazo emocional ante cualquier propuesta de cambio, incluso antes de evaluarla teológicamente. Y tiende a identificar la lealtad a la comunidad con la lealtad a sus prácticas.
 - a. El Espíritu, en cambio, produce discernimiento. Pablo distingue entre lo que es “bueno, agradable y perfecto” a

los ojos de Dios (Romanos 12:2) de lo que es meramente familiar o cómodo. Una comunidad guiada por el Espíritu es capaz de honrar su historia sin quedar prisionera de ella.

- b. La prueba más clara del tradicionalismo es la reacción que provoca: si la sola pregunta “¿por qué hacemos esto?” genera defensa en lugar de reflexión, es probable que la práctica cuestionada haya dejado de ser un medio para convertirse en un fin. *La sana tradición agradece la pregunta; el tradicionalismo la ve como amenaza.*

III. Ser conservadores en lo que importa

1. Serlo verdaderamente significa custodiar el Evangelio con toda la energía disponible —y exactamente esa energía no puede gastarse en defender lo que no es el Evangelio. La distinción no es entre progresistas y conservadores; es entre quienes saben qué conservar y quienes conservan todo sin distinción.
 - a. Pablo le ordena a Timoteo guardar el buen depósito “por el Espíritu Santo que mora en nosotros” (2 Timoteo 1:14). Nótese que el guardián último no es la institución ni la tradición: es el Espíritu. Eso implica que la custodia del Evangelio requiere sensibilidad espiritual, no solo fidelidad institucional.
 - b. Una iglesia que aprende a distinguir entre el Evangelio y sus ropajes culturales no pierde identidad: la profundiza. Sabe exactamente qué no está dispuesta a negociar —la persona y obra de Jesucristo, la autoridad de la Escritura, la vida de discipulado— y por eso puede ser flexible con todo lo demás sin sentir que está cediendo en lo esencial. Comente.
2. Esta distinción es también un acto de misión. Cuando la iglesia presenta el Evangelio envuelto en formas culturales que son ajenas al contexto de sus oyentes, levanta barreras innecesarias. Pablo lo entendió así: “me he hecho a todos para que de todos modos salve a algunos” (1 Corintios 9:22). Su flexibilidad cultural no era relativismo doctrinal: era fidelidad a la misión.

- a. El Evangelio tiene capacidad de encarnarse en culturas muy diversas sin perder su identidad. Eso es precisamente lo que ocurrió en el Nuevo Testamento: el mensaje de Jesús, nacido en contexto judío, se expresó en lengua griega, atravesó culturas mediterráneas y transformó comunidades de orígenes muy distintos. Lo que se mantuvo constante no fue la forma cultural, sino el contenido del Evangelio.
- b. La pregunta misionera que esta lección nos deja es práctica: ¿qué barreras culturales hemos levantado alrededor del Evangelio que dificultan que otros lo reciban? ¿Cuáles de nuestras prácticas son puentes hacia la misión y cuáles son muros? Comparta.

APLICACIÓN

1. Identifiquen, en su vida comunitaria, prácticas que pertenecen claramente al núcleo del Evangelio —y que por tanto deben cuidarse con toda firmeza— y prácticas que son expresiones culturales históricas que pueden revisarse. Este ejercicio no es una amenaza a la identidad de la iglesia: es una demostración de madurez espiritual. La comunidad que sabe distinguir entre el tesoro y la vasija es más libre para custodiar el tesoro con la dedicación que merece.
2. Considere también: ¿en qué áreas de su vida personal ha confundido tradición familiar o cultural con el mandamiento del Evangelio? Esa distinción también es personal, no solo institucional. Comente.

CONCLUSIÓN

La iglesia es llamada a ser guardiana del Evangelio, no museóloga de sus propias tradiciones. Custodiar el buen depósito significa conocerlo tan bien que podamos distinguirlo de todo lo que no es él. Como escribió Pablo: *Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros* (2 Timoteo 1:14). El Espíritu es quien garantiza esa fidelidad —no la repetición de costumbres, sino la obediencia viva al Señor del Evangelio. Seamos guardianes del Evangelio, no de la tradición.